

Homenaje

Inesperado

Una comedia de Concha Rodríguez

Almendralejo, 1 de agosto de 2018

***Personajes.**

- Enrique
- Agustina
- Esperanza
- Paquita*
- Seguro

HOMENAJE INESPERADO

Modelo 232. Declaración informativa de operaciones vinculadas y de operaciones y situaciones relacionadas con países o territorios calificados como paraísos fiscales.

Montoro

ESCENA PRIMERA.

El patio de butacas simula una gran nave donde los tele - operadores desarrollan su jornada laboral. Entre las butacas se encuentra Esperanza, una trabajadora de unos 50 años, muy metida en sus gestiones.

En la puerta de acceso al recinto, Seguro, el segurata, controla como fichan todos los trabajadores de la empresa.

En el escenario está Agustina, la secretaria, está en su mesa de despacho de secretaria de dirección. Con móvil en mano.

En las alturas, don Enrique, controlando todo a través de las imágenes capturadas por las cámaras de seguridad.

AGUSTINA: (Al teléfono.) Por favor, no personalice en mí. Yo hago mi trabajo. Su siniestro ya ha sido registrado. Y el pago, créame, no corre de mi mano. Aún debe pasar por una serie de trámites. (...) Pues sí, ha entendido bien, es una gestión que depende de tres aseguradoras. Nos pondremos en contacto con quienes compete para investigar el asunto y darle una respuesta lo antes posible. (...)

Todo se solucionará satisfactoriamente. No se preocupe. (...) Oiga, por favor, no me insulte. (...) Yo no tengo por qué confirmarle nada. (...) Grábeme, si quiere... (...) No me importa que me esté grabando. Estoy haciendo mi trabajo. (...) Claro que fuimos amables, cuando hicimos su seguro.

Y ahora también estoy siendo muy amable, sólo que usted no está escuchando lo que quiere escuchar. Vamos a ver, que recordemos un poco todo el proceso: Usted quería un seguro contra incendios para asegurar 232 ordenadores de alta gama, un fin de semana en una convención de 232 amantes virtuales de los 232 ordenadores de alta gama, en una nave industrial del barrio de las Letanías, y por supuesto, cuando estaban los 232 ordenadores de alta gama cargando batería en la nave industrial del barrio de las Letanías, se incendia la nave del barrio de las Letanías con los 232 ordenadores de alta gama dentro. ¿Bien? (...) Estupendo. Créame que es algo totalmente comprensible, muy común. Tendrá un trámite rápido. Está dentro de la normalidad más absoluta. Pero déjenos que investiguemos qué parte nos compete. (...) No me insulte, por favor. Y no se preocupe, todo irá bien. Gracias. (...) Ahora le llamarán para ver su grado de satisfacción con mi comportamiento ante la resolución de sus gestiones. (...) Diga lo que crea necesario. No me preocupa. Llevo 32 años en la empresa. Soy fija indefinida. Buenos días.

Aparece don Enrique, el jefe, un joven impecable, eufórico. Sale de su despacho.

ENRIQUE: Hoy es un día de suerte. Se me ha ocurrido una tontería.

AGUSTINA: ¿Una tontería, don Enrique?

ENRIQUE: Así es, una grandísima genialidad.

AGUSTINA: ¿Genialidad?

ENRIQUE: Sí, y quiero que la llevemos a cabo. Y ya. Tiene que ser ya. No dejo de darle vueltas a la cabeza. Me va a estallar. La

ponencia de ayer fue impresionante. Me encantó. La sensación, ¿sabes?, era como si todo existiera sólo para mí.

AGUSTINA: Todo para usted. (*A parte.*) Yo también tengo esa maldita sensación.

ENRIQUE: ¿También tienes la sensación de que todo es para ti?

AGUSTINA: No, para usted. Todo para usted.

ENRIQUE: Allí estábamos doscientas treinta y dos personas, pero sé que aquello que contaba me lo estaba diciendo sólo a mí. Nunca había registrado tantas notas en una ponencia. Este máster es una locura. Es maravilloso que todo lo que se me ocurra, aunque se trate de una tontería, pueda llevarlo a cabo. Es una sensación de vértigo. Todo es cuestión de proyección de tu imagen. Me siento como si fuera un imán.

AGUSTINA: Es que esa barba impresiona, la verdad. Aunque para llegar hasta aquí ha debido estudiar hasta dejarse los codos.

ENRIQUE: No hay nada que estudiar. Ya está todo inventado. A partir de ahora tengo que darle espacio al azar. Eso aprendí ayer. Impresionante. “El azar es el pseudónimo de Dios, cuando no quiere firmar”. Eso me encantó.

AGUSTINA: Si no quiere firmar, es que no lo verá muy claro.

ENRIQUE: ¿Tú seguramente nunca habrás coincidido con alguien, en una situación equis, que estuviera en otro grupo, comiendo en otra mesa con su familia, vaya, que no tiene nada que ver con tu vida, y has sentido que esa persona estaba ahí sólo por ti y todo lo que decía era exclusivamente para ti?

AGUSTINA: No.

ENRIQUE: Está todavía martilleándome la cabeza. No calla ni un segundo.

AGUSTINA: Y me puede contar qué le está diciendo o es privado.

ENRIQUE: Cualquier idea que se pasa por la cabeza tiene un porqué, ¿por qué no la escuchas y le haces caso? ¿Por qué estás ahí parado? ¡Vamos! Cualquier cosa, cualquiera vale. Le damos demasiada importancia a nuestras necesidades. Y, aunque estemos siempre en una pura queja, tanto tú como yo, como ésos que están ahí abajo trabajando, todos tenemos las necesidades básicas cubiertas. Por eso estamos paralizados. Para un verdadero cambio hay que estar por encima de la necesidad que pueda sobrevenirnos. Debemos anticiparnos, atacar, avanzar, saltar al vacío, aunque veamos el peligro cara a cara.

AGUSTINA: ¿Incluso saltar al vacío?

ENRIQUE: Debemos agarrarnos al azar y saltar al vacío si es necesario, sí. Es la única manera de avanzar. Darle importancia al azar.

AGUSTINA: ¿Al azar?

ENRIQUE: En el tema de la “fiesta del Homenaje” que hoy nos trae. Siempre lo mismo: Comida grasienta, regalar un reloj y soltar una lagrimita en el homenaje del jubilado de turno. Les abres tu corazón el día que se van.

AGUSTINA: Yo no les abro mi corazón. Se van. Después de esa comida se van echando leches. Nunca volvemos a verles. Qué ganas de ser uno de ellos.

ENRIQUE: Algunos tardan en desaparecer.

AGUSTINA: Todos sabemos lo que molesta un jubilado ofreciéndose a ayudar.

ENRIQUE: Algunos son imprescindibles. Salen y cae todo.

AGUSTINA: Comprobado estadísticamente que nadie es imprescindible. No hay que mirar atrás ni para coger aliento. ¡Qué ganas tengo de jubilarme, Dios!

ENRIQUE: Algo de ellos conocemos el día que ya no vamos a verles más. El homenaje sirve para recordarles desde la emoción. Conocer a la persona que había detrás, que nunca conocimos. A su mujer, a sus hijos. Cuando ya no hay competencia, llega el momento de las alabanzas.

AGUSTINA: Como en los entierros. Eso sí es verdad.

ENRIQUE: Es un funeral festivo. Y yo voy un paso más allá y propongo arrancar la emoción de los que se quedan.

AGUSTINA: ¿Los que se quedan?

ENRIQUE: ¿Esos no se merecen un homenaje?

AGUSTINA: *(Se señala.)* Algunos una estatua.

ENRIQUE: Algunos, no. Todos.

AGUSTINA: Créame que todos no.

ENRIQUE: Todos. *(Se acerca a un ventanal que da a la sala de teleoperadores.)* Mírales, como hormiguitas. Miserables equivocados. Da pena verles llegar cada día con fuerzas renovadas y con la seguridad de tener un as en la manga para aspirar a más. Pobres ingenuos.

AGUSTINA: Todos no.

ENRIQUE: Imaginemos que son todos. Necesito creer que todos vamos en la misma dirección.

AGUSTINA: *(A parte.)* Al cielo con ella.

ENRIQUE: Lo has pillado perfectamente.

AGUSTINA: Perdón. Era una broma.

ENRIQUE: No me ofendes. Sólo veo mi razón de dirigir esta empresa desde mis ganas de cambiarlo todo. El día que no tenga nada más que aportar, me marchó.

Y Enrique se marcha. Sale de escena. Agustina se cerciora que está sola y piensa en alto.

Enrique, mientras habla a distancia con Agustina, va visionando la relación de trabajadores. Se para en “Esperanza Ramírez González”.

AGUSTINA: Esas clases de emprendimiento le están convirtiendo en el más hedonista y ególatra de todos los jefes.

Enrique está en todas partes. Oye todo, aunque ya se ha marchado. Casi siempre está ausente.

Agustina piensa en alto, criticando a su joven prepotente jefe. Él lo escucha todo. Ella no lo sabe.

ENRIQUE: Siempre tendré en cuenta la igualdad y la no violencia de tralarí tralará; todas estas movidas que están ahora de moda, pero llevados desde la cordura de no querer ser del montón, no quedarme en esa clase media en la que cabéis tantas.

AGUSTINA: Desde la locura, querrá decir.

ENRIQUE: Y de la ambición desmedida por cambiar el sistema y, en consecuencia, cambiar el mundo entero.

AGUSTINA: Cambiar el mundo o cambiar tu mundo. Le dan una clase de ética de la competencia y llega a creerse Dios. Tremendo.

Aparecen imágenes de trabajadores, hasta que la imagen se detiene en Esperanza.

Entra de nuevo Enrique en el despacho de Agustina.

ENRIQUE: ¿En la relación L1-2018 están todos?

AGUSTINA: Supuestamente sí. Deben estar los 232.

ENRIQUE: Esperanza Ramírez González.

AGUSTINA: Ella no puede ser.

ENRIQUE: ¿No te has enterado de nada? He decidido dar un homenaje al azar. Mi mano inocente ha decidido que sea Esperanza.

AGUSTINA: Juegue otra vez, por favor.

ENRIQUE: Se llama Esperanza, ¿te das cuenta? *(Irónico.)* Se ha iluminado mi corazón.

AGUSTINA: Ella no puede ser, es eventual. No pertenece a la empresa.

ENRIQUE: Más interesante todavía. Y sí pertenece, claro que pertenece.

AGUSTINA: Es imposible. Pertenece al sindicato de movimiento discontinuo de incontenencias leves.

ENRIQUE: Un reto.

AGUSTINA: No podemos darle un homenaje a una eventual de grado cero. Lleva sólo cuatro meses y le quedan dos.

ENRIQUE: Azar. Ha tocado Esperanza. Azar y paridad. Empezamos muy bien.

AGUSTINA: *(A parte.)* ¿Tú eres Dios, no? Pues hágase tu voluntad, según San Mateo.

ENRIQUE: *(Habiendo escuchado el aparte.)* Soy la mano inocente. Y Dios entra en el juego a través del azar.

AGUSTINA: Disculpe, pero a quien se le ha ocurrido ahora, precisamente ahora, jugar a dar homenajes al azar es a usted. Créame que tenemos que solucionar problemas mayores. Tengo una relación de gestiones que debe confirmar.

ENRIQUE: Todo eso me compete en calidad de jefe.

AGUSTINA: ¿Cómo va el tema de las Letanías?

ENRIQUE: Eso no está de mi mano. Ni idea.

AGUSTINA: ¿Ni idea?

ENRIQUE: Ni idea. Hoy mi prioridad es mi Máster de Superación Evolutiva de Innovación y Emprendimiento, hoy mi cometido como alumno es incluir el azar en uno de los puntos del día a resolver. Voy a sorprender. Prueba superada.

AGUSTINA: Todo es por el bien de la empresa. ¿No dijo eso? ¿No dijo hace un momento que todo esto era por el bien de la empresa?

ENRIQUE: Por supuesto.

AGUSTINA: Pues créame que hay puntos del día más importantes.

ENRIQUE: El azar ha querido que sea esa mujer. Dime su nombre, que quiero escucharlo.

AGUSTINA: Esperanza.

ENRIQUE: Me encanta cómo suena. Hay que ser valientes, Agustina. Yo estoy ya expectante, esperanzado... ¿No te das cuenta? Algo va a cambiar. Estoy harta de que nunca pase nada. Yo me he opuesto a una oposición. Podría haberme presentado y aprobado a la primera. Pero he rechazado tener cuadrículado el día a día y mis ingresos hasta el santo día de mi maravilloso homenaje de jubilación. Yo dirijo una empresa. Quiero que cada día me sorprenda, que todo se mueva. Y quiero ser parte de ese todo. No pasar por la vida como un ser relativo, porque lo impongan otros. Qué suerte he tenido de nacer... (Propongo que recite algunos versos y acabe cantando “Qué suerte he tenido de nacer”, de Alberto Cortés.)

AGUSTINA: Esperanza es eventual.

ENRIQUE: ¿Y?

AGUSTINA: Tiene un contrato de seis meses.

ENRIQUE: ¿Y?

AGUSTINA: ¿Cómo que “Y”?

ENRIQUE: Estadísticamente lo más razonable es que saliera una eventual o una becaria. Son el 85% de la plantilla.

AGUSTINA: Homenaje a cuento de qué...

ENRIQUE: Qué más da. Relájate y disfruta. Para bien o para mal la suerte está echada. Esperanza Ramírez González. No se hable más. Ni que la fuésemos a matar. Se trata de levantarle la moral. Ganará autoestima e incentivará al resto de la plantilla a producir más. ¿No te das cuenta? (*Agustina sale de escena.*) ¿Dónde vas?

AGUSTINA: Habrá que decírselo, ¿no? El homenaje es mañana.

Agustina se acerca a un megáfono.

AGUSTINA: Esperanza Ramírez González, por favor, suba a Secretaría.

SEGURATA: Esperanza Ramírez González, RL2018-232, suba a Secretaría.

Esperanza que está sentada en la nave, en el patio de butacas, sube asustada, preguntando a los compañeros que va teniendo a su paso por su suerte.

ESPERANZA: Pues ya me tocó a mí. ¿Esto es para echarte, verdad? La verdad es que hoy llevo ni un solo seguro vendido. Muy triste, mientras duró.

Esperanza sube al despacho de la Secretaría de Dirección.

Seguro aprovecha y recuerda las normas básicas de la empresa.

SEGURATA: Por favor, no utilicen el teléfono para llamadas personales. Recuerden todas las exigencias y todas las prohibiciones. Gracias.

ESCENA SEGUNDA

Están en escena la secretaria de dirección, Agustina, y la futura homenajead, Esperanza.

Esperanza está abanicándose con ahínco. No acepta con alegría la noticia del homenaje.

ESPERANZA: *(Angustiada y muy nerviosa.)* No se lo tome como algo personal. Es que ando un poco revuelta. Sólo es un golpe de calor.

AGUSTINA: No te preocupes. Date tu tiempo.

ESPERANZA: *(Se abanica con fuerza y resopla con mucha ansiedad.)* Ay, por favor, qué vergüenza.

AGUSTINA: Vergüenza ninguna. Ya me tocará a mí. Sólo cruzar los dedos para que no te dé un brote de éstos justo en el momento del acto de entrega de estatuilla y posterior discurso y nada más. Los calores son algo natural a tu edad, no tienes por qué avergonzarte.

ESPERANZA: Hasta ahí podríamos llegar, que tuviera que avergonzarme por las calores. Me refiero al homenaje. Estoy totalmente convencida de no merecerlo. No sé, tendré que consultarlo con mi asistente social.

AGUSTINA: Se trata de un homenaje. Una fiesta. Compañeros, amigos, familia.

ESPERANZA: Hablaré con una abogada.

AGUSTINA: Pero bueno, no me lo puedo creer, ¿es que tienes miedo?

ESPERANZA: Estoy horrorizada. Bueno, no. Sólo es una mezcla rara. Una sensación bastante desagradable.

AGUSTINA: Sólo se trata de un homenaje, por el amor de Dios. Un reconocimiento a tu labor.

ESPERANZA: No entiendo nada. Quiero pensarlo.

AGUSTINA: No hay nada que pensar. Vas a la cena, en un momento dado te nombramos, te levantas, finges que te sorprendes, gritas de alegría, agradeces, dedicas y se acabó. No volveremos a molestarte.

ESPERANZA: ¿No puedo saber nada?

AGUSTINA: No, debe tratarse de una sorpresa.

ESPERANZA: Pero si no sé nada, no voy.

AGUSTINA: ¿Cómo que no vas? Es que sí lo sabes.

ESPERANZA: Ningún eventual va.

AGUSTINA: Vienen casi todos.

ESPERANZA: Pero no irán este año. Eso se comenta.

AGUSTINA: Comentan muchas cosas, pero luego van y aplauden y ríen y cantan en el karaoke. Y envidian al homenajeado. Créeme que cualquiera de éstos que juran que no van a ir, estarían encantados ahora mismo de estar en tu lugar.

ESPERANZA: Posiblemente sea así, pero lo siento, quiero consultarlo antes de confirmar.

AGUSTINA: *(Con desprecio y altivez.)* No me puedo creer que una mujer como tú, sin ningún tipo de responsabilidades, se complique tanto la vida y sea tan irrespetuosa. La cosa es muy sencilla, don Enrique quiere que vaya usted al acto y recoja su estatuilla. Punto. Él quiere que sea así y así será.

ESPERANZA: Pero es que no tiene sentido, aún no estoy satisfecha con mi trabajo. La verdad es que estoy sorprendida que don Enrique haya pensado en mí. Llevo muy poco tiempo en la empresa y, aunque no puedo quejarme, pues me contratasteis el mismo día que presenté el currículum, nunca me habíais citado para conocerme personalmente.

AGUSTINA: ¿El mismo día? ¿Quién te recomendó?

ESPERANZA: Nadie. Me enteré por mi hija Paquita. Es tremenda. Muy especial. Muy influyente.

AGUSTINA: ¿Paquita Salas?

ESPERANZA: No. Paquita sólo la llamo yo. Si se la llamo Paquita en público, se enfada. Se llama Paqui, Paqui González Ramírez. Ella ha estudiado...

AGUSTINA: Dejemos a tu hija, que hay prisas. Se ve que eres una mujer con suerte. Seguramente entraste en la empresa el mismo día que presentaste tu currículum solo por azar. Vamos a dejarlo ahí, sin escarbar, pues lo más importante es que desde el primer momento has sido reconocida por tu gran profesionalidad, tu don de gente y talento. Y aunque llevas poco tiempo, no dudes que ahora es el mejor momento, tu momento y hay que aprovecharlo.

ESPERANZA: ¿Reconocida? Ahora sí que tengo un poco de miedo. Las cosas andan un poco, bueno, bastante revueltas. No sé, temo que los compañeros tomen represalias.

AGUSTINA: ¿Qué represalias?

ESPERANZA: No sé. Pueden creer que yo soy el topo.

AGUSTINA: ¿Topo? Pero, vamos a ver, tú y yo trabajamos en la misma empresa y no sé a qué te refieres.

ESPERANZA: Hay mucho descontento. Y la gente se queja, nos quejamos, hablamos de más y, por lo visto, siempre le llegan los comentarios.

AGUSTINA: ¿A quién? Explícate, porque no te entiendo.

ESPERANZA: Llegan a don Enrique todas las críticas y los nombres de las personas descontentas. Y no se sabe a través de quién.

AGUSTINA: Don Enrique bastante tiene con su día a día. El volumen de la empresa va bien. Él dice que todo va muy bien. Que la subida en bolsa va como un tiro.

ESPERANZA: ¿Cómo un tiro? ¡Qué machista es don Enrique!

AGUSTINA: Ya sabes cómo son estos jóvenes.

Esperanza: ¿Y yo soy su mujer bala? ¡Qué miedo, la verdad!

AGUSTINA: Todo va bien, muy bien. Los números cuadran y eso es lo que vale. Tranquila. Será vuestra apreciación, vuestra intuición. Hay compañeros que caen mal, o unos que trabajan más que otros, pero olvídate de topo y de topas.

ESPERANZA: Créeme. No le veo sentido. Puede complicarme la vida.

AGUSTINA: ¿Eres tú quién está hablando de más?

ESPERANZA: No.

AGUSTINA: Pues olvídate de penas. De hecho, no sé si decírtelo. *(Piensa un rato y mira a los ojos de Esperanza con una sonrisa muy marcada.)* No deberías saberlo, pero para que te quedes más tranquila y lo disfrutes, quiero que sepas que tu homenaje viene solicitado por tus compañeros.

ESPERANZA: ¿Mis compañeros?

AGUSTINA: Y compañeras.

ESPERANZA: Pero si yo no conozco a nadie. Nadie me habla.

AGUSTINA: Tus compañeros y tus compañeras. Unanimidad, Esperanza. Unanimidad, amiga mía. ¿Sabes lo que es eso? Pues eso es muy grande.

ESPERANZA: *(Cambio radical de actitud. Una risa nerviosa y cansina se apodera de ella. Vemos a Esperanza como si estuviera continuamente en una montaña rusa. Sus altibajos deben ser muy pronunciados.)* No me lo puedo creer. Esto es muy fuerte. Tremendo. Esto sí es un orgullo enorme para mí, que mi homenaje provenga de mis compañeros. La verdad es que así sí.

AGUSTINA: ¿Así sí, no? Bueno, pues mira que bien. Solucionado.

ESPERANZA: Mis compañeros...

AGUSTINA: El boca a boca.

ESPERANZA: ¿Hablan bien de mí?

AGUSTINA: Maravillas. Dicen maravillas. Estás encantados contigo.

ESPERANZA: Que sea el “boca a boca” quien me haya traído hasta aquí, sin hablarme con nadie es increíble.

De repente aparece la voz de Don Enrique, o su presencia distante, altiva y siempre lejana.

ENRIQUE: Esperanza, felicidades. Eres una chica excelente y te admiramos. Enhorabuena, compañera. Estamos trabajando para asegurarte una nueva vida plena.

ESPERANZA: *(Totalmente descolocada y entusiasmada.)* ¿Una nueva vida para mí?

AGUSTINA: Y plena.

ENRIQUE: Una nueva vida plena para ti, para mí, para el equipo, para la empresa, para el mundo entero. Debemos procurar que tu felicidad recale en el orgullo de todos los trabajadores.

AGUSTINA: Y trabajadoras.

ENRIQUE: Y que sea lo más provechosa y placentera tu experiencia para el bien de la empresa.

ESPERANZA: *(De repente es feliz, aunque una enorme responsabilidad cae sobre ella.)* ¿Provechosa? ¡Qué bien! Va a ser verdad

que todo llega. Ya creí yo que todo era tan injusto, pero todo llega. Bueno, ojalá.

Enrique desaparece. Ante el silencio, Agustina espera que siga hablando el todopoderoso y tras un silencio prolongado, dudosa y sintiéndose sola, reanuda la conversación con Esperanza.

Sentimos a Agustina poderosa y haciendo las cosas a su manera. Con mano dura de jefa en funciones. Tiene que conseguir lo que le ha encomendado su joven jefe y tiene que llevarlo a cabo sea como sea.

AGUSTINA: A ver, vayamos cerrando flecos. El homenaje es mañana y hay detalles que cerrar. No quiero ni un solo pero. ¿A qué te refieres cuando dices “Bueno ojalá”?

ESPERANZA: Pues que ojalá sea así de ahora en adelante. Hoy por hoy veo totalmente incompatible mi sueldo, las condiciones de trabajo y mi situación en la empresa con recibir un homenaje.

AGUSTINA: Tu situación y la de millones de personas sobreviviendo, no te equivoques. Toda la riqueza está entre un puñado de ejecutivos y empresarios, y a su alrededor, tontainas que trabajamos a destajo y no sacamos ni para nuestras necesidades mínimas. Así es el mundo.

ESPERANZA: El mundo puede cambiar, si alguien lo cambia.

AGUSTINA: El mundo es mundo y no hay quien lo cambie. Esperanza, vamos a lo nuestro. Sabemos todo el bien que has aportado durante todo este tiempo a la empresa.

ESPERANZA: Pero si es que esto es absurdo.

AGUSTINA: *(Sin escucharla. Como un papagayo.)* Esperamos que sigas así y hagas todo lo que puedas para consolidar tu plaza.

Eres una gran trabajadora y es bueno que esas cosas vean la luz.

ESPERANZA: Pues por dar a luz precisamente ha podido ser, que siempre haya estado de un lado para otro.

AGUSTINA: ¿Por dar a luz?

ESPERANZA: No sé. Digo yo, por decir algo. Tengo una hija.

AGUSTINA: ¿Y yo entonces qué merecería? Tengo cuatro hijos, dos maridos y a mi madre y a mi suegra viviendo conmigo. Homenaje y medio debería merecer. No mezcles las dos vidas. No caigas en la trampa. Yo antes era igual, hasta que llega Don Enrique y me nombra su secretaria personal. Don Enrique me ha demostrado ser una bellísima persona: ha tenido la delicadeza de fijarse en mí, en mí, que he tenido que hacer cábalas para estar aquí y estar allí, siempre con la sensación de no estar en ningún sitio. Siempre haciendo de más y creyendo que dejo todo a medias. Pero como él dice. No es así. No es así. Es mi apreciación.

ESPERANZA: Pues es la apreciación de muchas mujeres. Yo soy otra mujer más de las dos cabezas. Aunque sólo tenga una hija, ha sido muy duro tirar hacia adelante. Mi hija ha sido siempre una niña muy especial.

AGUSTINA: Nos interesa tu perfil. La empresa necesita cumplir la paridad y todas esas medidas sociales. Estaremos ya siempre en deuda contigo.

ESPERANZA: ¿En deuda conmigo? ¿Estoy en condiciones de pedir un aumento de sueldo?

AGUSTINA: Son formas de hablar, Esperanza. Tu contrato termina dentro de dos meses. Dejémoslo en el homenaje. Te servirá como una buena carta de presentación.

ESPERANZA: Ojalá mi homenaje sirviera para que todo pudiera ser un poco más justo para nosotras.

AGUSTINA: Sé que no existe la empresa ideal. Si pudiera ayudar a crear una más justa, contribuiría a crearla. Pero ya no estamos solas en cuanto a leyes se refiere. Tal como están las cosas, podemos darnos con un canto en los dientes. Disfruta.

ESPERANZA: Por supuesto que no estamos solas. En la transición, que ahora dicen que se fingió un progreso y que no pasó nada, hicimos muchas cosas. Muchas cosas buenas. Es ahora cuando vamos para atrás. Que no nos equivoquen.

AGUSTINA: Centrémonos en lo que nos trae, que es todo bueno, créeme. No le des tanta importancia a los sarmientos que tienes que quemar y disfruta.

ESPERANZA: Eso me decía mi abuelo.

AGUSTINA: Es una frase muy repetida de Don Enrique.

Esperanza suspira como si sostuviera una enorme piedra encima de su pecho.

AGUSTINA: Ya. Recoge tus cosas y tómate el día libre. A prepararlo todo. Disfruta. Te ha tocado.

ESPERANZA: Pienso en mi hija. A ver cómo se toma esto del homenaje.

AGUSTINA: Pues estupendamente, ¿cómo se lo va a tomar?

ESPERANZA: Se reirá de mí. Menuda bronca me espera. Pero yo, sí, creo que estoy encantada.

Al salir de escena Esperanza y volver a la nave a recoger sus cosas para ir a casa a preparar el Homenaje, se topa con Seguro, el Segurata.

SEGURATA: Por favor, vuelva a su puesto de trabajo inmediatamente.

ESPERANZA: Tengo permiso para marcharme.

SEGURATA: ¿Orden o permiso?

ESPERANZA: Orden.

SEGURATA: Un momento, consulto. (...) Perfecto, Agustina, sí aquí está tu nota. Muy bien, ahora paso a todos la noticia. Puede marcharse.

ESPERANZA: Buenos días, adiós.

SEGURATA: Puede salir. Pase por el láser el bolso y usted entera.

De repente se escucha una en off

VOZ EN OFF/

SEGURO: Atención: Son las 11 en punto de la mañana. En breve procederemos a la primera pausa activa de la jornada laboral. Desde Dirección, aprovechamos para recordarles que mañana, celebración de nuestra Fiesta del Homenaje, se rendirá nuestro más sincero y sentido reconocimiento a la compañera ESPERANZA RAMÍREZ GONZÁLEZ, por su entrega desmedida y profesionalidad constatada. Desde

Dirección exigimos que compartan la alegría y procedan a la obligatoria pausa activa. (...) De nada.

SEGURATA: Todos en pie. Pausa activa.

-Pausa Activa-

Tras la pausa activa, Seguro se dirige a alguien del público.

SEGURATA: ¿Vamos a echar ese cigarrito? *(Le lleva a la escalera del escenario y le ofrece y fuma.)* ¿Quieres uno? Son de vainilla. Los únicos permitidos dentro del recinto. Otra gilipollez como haciendo el tonto con la pausa activa y otras no reparan ni en la torre. Estoy que me subo por las paredes. ¿Alguien de aquí sabe de dónde ha salido la Esperanza ésta, la mosquita muerta? No me lo puedo creer. Si hay alguien que se merece un homenaje soy yo y para de contar. Ya estudiaré bien las capturas de las cámaras, a ver qué ha pasado aquí. Si yo hablara... Ay mi madre, si yo hablara. Es la última que ha llegado, la 232. Esa es otra. Están obsesionados con el 232. Si yo hablara... Vamos a seguir con la jornada. Vamos, a su puesto, es un orden.

Seguro vuelve a su mesa de control y deja en su puesto a su amigo de fumar.

ESCENA TERCERA.

Aparentemente nos encontramos en pleno discurso de Esperanza. Sólo se trata de un ensayo. Pues Agustina ha pedido que el discurso que dé sea por escrito, previa aceptación por parte de la empresa.

ESPERANZA: Queridas compañeras y compañeros del alma, gracias. Os doy las gracias por haber pensado en mí para este Homenaje tan especial. Gracias por darme voz para poder contar lo que debe ser contado, pues este reconocimiento me da alas y las quiero utilizar para gritar que hay que reformar el sistema hasta lograr la igualdad real.

Hoy posiblemente no hubiera sido para mí un buen día, pero todos vosotros y vosotras lo habéis convertido en un día señalado. Me encantaría regalaros algo, porque tengo la sensación de que os debo algo. ¿Me podéis decir que es eso que os debo?

Como no puede ser de otra manera, para hacer un discurso a la altura de todos ustedes, he mirado en Google y casualmente he encontrado que este 2018 es un año marcado para la celebración. En este país que tanto nos gustan los centenarios, celebramos uno y bien sonado. En 1918 hace justamente 100 años, de ahí el centenario, se aprueba el estatuto de funcionarios públicos, en el que permite el servicio de la mujer como estado, sólo en las categorías de auxiliar. Clara Campoamor en Correos, es decir, cartera; y María Moliner, bibliotecaria. Las dos aprovecharon esta pequeña rendija para colarse en lo más alto y demostrar su valía. Y a cien años quiero dedicar estas palabras a ellas.

Queridas Clara y María, gracias por lo que hicisteis, pero ahí seguimos. Ahora el techo es de cristal y si los traspasamos, pues nos cortamos por todas partes. Hoy nuestras hijas están igualmente preparadas que los chicos. En la universidad son exactamente iguales, las matrículas cuestan exactamente la misma fortuna, pero al llegar a negociar en la vida laboral, se topan con ese sangrante fino techo de cristal.

Mi abuela, una mujer muy lista y muy buena, decía que el trabajo de las mujeres está maldito, pues al llegar la noche, nos acostamos con todo hecho y por la mañana nos levantamos con todo por hacer.

Si el trabajo que hacemos cada día cuajase y nos fortaleciese, nos anclara en el presente y nos fuera sumando para el futuro, podríamos permitirnos hablar de fútbol durante horas como hacen ellos, hablar de futbol durante días, durante toda la vida. Sin miedo a perder un tiempo de oro. Porque cada minuto en una mujer es oro puro. Siempre tanto por hacer. “Todo por hacer”. La frase que usamos demasiado.

AGUSTINA: Ya, ya. Por favor, ya. ¿Aún sigues hablando como una cotorra? No me lo puedo creer. Estaba en el office y te estaba escuchando y no daba crédito. Habla mucho más bajo y, por favor, cállate.

ESPERANZA: No he acabado.

AGUSTINA: ¿De dónde has sacado toda esta letanía? Estamos en el siglo XXI, querida. Tus compañeros te dan un homenaje. Nada más. No sé cómo te tratarán en casa, pero éste no es el lugar ni el momento para soltar toda tu insatisfacción.

ESPERANZA: Claro que es mi momento y mi lugar. Es mi homenaje. Querrán conocerme. Es lo menos que puedo hacer.

AGUSTINA: Es un momento festivo. Todo está bien. Todos nos queremos. Todos somos felices. Brindamos, la foto de familia y cada uno a su casa. Punto.

ESPERANZA: Todo no está bien. Todo no está bien. No sé qué han visto en mí mis compañeros, pero todo no está bien. Estamos 232 personas en 232 metros cuadrados, como ratas entalladas.

AGUSTINA: Ya veremos qué dices. Ya te busco yo algo. Se trata de decir unas palabras de agradecimiento, ¡agradecimiento!, y nada más. Y ahora márchate, no tengo todo el día para ti.

ESPERANZA: Todo no está bien.

AGUSTINA: Silencio he dicho. Silencio.

SEGURATA: ¿Necesitas silencio, Agustina? Adjudicado silencio hasta nueva orden.

Esperanza sale del despacho desesperanzada. Agustina se queda sola y ante un gran silencio, se agarra a su móvil personal y hace una llamada privada.

AGUSTINA: *(Al móvil.)* Hola, guapa. ¿Has visto cómo me han puesto el salón, no? ¿No te puedes ni imaginar la que me ha liado mi suegra, porque quería que le trajera la mesa camilla de su casa? (...) Y le das la razón. Pero si es que en mi salón ya no me cabe otra silla y menos otra mesa camilla. ¿Y la luz? Que una mesa camilla es otro brasero para ella sola, encendido de día y de noche. (...) Pero si yo no pinto nada en mi casa. Anoche, sin consultarme, se presentó mi cuñado

con la pedazo mesa camilla y un brasero de los potentes. Me quedé muerta. ¡Qué coraje me da no tener dos bocas! Y claro, ella no tardó ni un minuto en soltarme: “Me vas a decir tú a mí que no se está bien aquí. Tantas moderneces, que miran como acaban luego”.

Le pregunto: ¿Qué ha querido usted decir? Y va y me suelta: “Pues que el calor de un brasero ayuda en un matrimonio”. ¿Tú te crees lo que yo tengo que aguantar en mi propia casa?

Con las ganas que tengo de jubilarme, pienso a veces que jubilarme para qué, si a mí lo que me espera en casa es tela marinera, que tengo un hotel de cinco estrellas con mis hijos y ahora también un hospital con mi madre y mi suegra, en el que no puede faltar de nada. Ni la mesa camilla.

Aparece Enrique.

Agustina, sin más disculpas, se despide con su voz de secretaria impoluta.

AGUSTINA: *(Sigue al teléfono.)* Gracias a usted. Ahora le llamarán para hacerle una encuesta y comprobar su grado de satisfacción sobre la resolución de sus gestiones. Por mi parte ha sido un placer atenderle. Buenas tardes.

ENRIQUE: *(A Agustina.)* ¿Qué tal con Esperanza?

AGUSTINA: Todo bien. Está encantada. Todo ok.

ENRIQUE: ¿Ha confirmado la invitación para algún familiar o amigos?

AGUSTINA. Está preparando la relación. No se preocupe. Está todo en las mejores manos.

ENRIQUE: No lo dudo. Agustina, ¿Cuándo acaba el plazo en Hacienda para presentar el modelo 232?

AGUSTINA: El 31 de julio.

ENRIQUE: En esas fechas estaré en las Bahamas.

AGUSTINA: ¿Sabe algo del incendio de Las Letanías?

ENRIQUE: Eso no está de mi mano. Ignora ese expediente.

AGUSTINA: Me han llamado esta mañana y le he dicho lo que suelo decir a todos. Lo de las tres aseguradoras.

ENRIQUE: Estupendo. Todo correcto.

AGUSTINA: ¿Eso va por la vía de incendios forzosos?

ENRIQUE: Es de libro, Agustina. Todo el mundo lo sabe. Los ordenadores y los móviles tienen una vida concreta. A una edad determinada de una forma u otra están programados para morir.

Enrique sube a su búnker. Agustina mira su móvil.

AGUSTINA: Éste ya se me descarga en minutos habrá que darle el homenaje. A tomar por culo el móvil. Tremendo. Da miedo, la verdad, espero que se muera lentamente y no me explote en la mesilla a media noche.

A todo esto, Seguro no deja de buscar imágenes y capturas de Esperanza, que aparecen en la pantalla principal.

SEGURATA: Esperanza Ramírez González, a ésta la cazo seguro. Éstos no saben quién soy yo. Yo soy Licenciado en Administración y Dirección de Empresas. Licenciado en Administración y

Dirección de empresas y mira donde estoy y no me aburro, no pierdo el tiempo, que desde esas cámaras manejo los mandos de la empresa cuando yo quiera más que un ministro. Que para llegar ahí arriba hace falta lo que yo te diga...

He hecho montones de entrevistas y nada. Esto de las altas alcurnias es todo un paripé. No trabajé en ninguna empresa hasta que falsifiqué el currículum, borré la licenciatura, un montón de cursos y dejé sólo el FP de informática pelado y para de contar y al día siguiente me llamaron para llevar las cámaras de seguridad. Aquí nadie sabe quién es quién.

Pandilla de sinvergüenzas. Ahora están obsesionados con el 232. Eso va a ser una ratonera, los van a entallar a todos. Están como locos. No ven más allá del 232, 232. No piensan en otra cosa. Voy a investigar y ya os cuento...

ESCENA CUARTA.

Aparece en escena Esperanza y Agustina.

Esperanza escucha con los ojos cerrados y con una mezcla entre sonrisa y llanto. Agustina lee entusiasmada el discurso que ella misma ha preparado para la ocasión.

AGUSTINA: Gracias, gracias y gracias. Estoy muy emocionada. No me lo esperaba para nada. No sé si voy a poder decir ni una sola palabra, pues estoy muy nerviosa e impresionada. Sólo decir gracias, gracias y más gracias. Gracias, siempre gracias. Estoy encantada de estar en esta empresa tan maravillosa y especial, en la que se trata a los trabajadores y trabajadoras con tanto mimo y cariño. Me siento una afortunada. Gracias de verdad. Para mí, usted, Don Enrique ha demostrado ser el mejor jefe de todos los jefes. Gracias, Don Enrique, usted ha cocinado el mejor día de mi vida. Se merece usted que yo lo suba a un altar. Todo esto tienes que decirlo in crescendo. Y tras la palabra “altar” tienes que pararte para aplauso u ovación. Estas dos últimas frases no leer. Sólo callar, esperar o provocar aplauso. Tú miras a don Enrique y aplaudes. Da bastante tiempo para un aplauso largo y luego sigues con el discurso: También dedicárselo a mi hija, mis padres, hermanos, tíos, sobrinos y demás familia. Gracias por ayudarme a llegar hasta aquí. Miras a tu familia y con la mano en el corazón dices: Gracias. Gracias de verdad. Os quiero. (Pausa.) Tienes que memorizarlo, pues debes fingir que te enteras del homenaje “in situ”.

ESPERANZA: ¿Cómo?

AGUSTINA: In situ. En el momento. Todo debe ser muy fresco, impactante y muy emotivo. Sería maravilloso que en ese momento te diera un golpe de calor. ¿Puedes provocártelos?

ESPERANZA: No.

AGUSTINA: Pues yo cuento con el golpe de calor. Es imprescindible. Debes intentarlo con todas tus fuerzas.

ESPERANZA: Puedo desmayarme. Sé morirme. (*Esperanza cae al suelo fulminada.*)

AGUSTINA: Levántate, por favor. *No soporto las payasadas. (No hace ni caso a las artes interpretativas de Esperanza.)* La suerte nos acompañará. Yo cuento con ello y te lo pongo en negrita. **¡Sufrir un golpe de calor brutal!** Para quien no sabe lo que es eso, pensará que es un ataque de emoción y verdad absoluta.

ESPERANZA: Prefiero mi discurso.

AGUSTINA: No se trata de lo que tú prefieras. Esto va en serio.

ESPERANZA: (*Totalmente emocionada y con el ego como una catedral.*) Puedo improvisar mi discurso. ¿Lo has leído entero? Es sólo un alegato a favor de la mujer. En todo el mundo las mujeres homenajeadas o premiadas están utilizando su momento de gloria para denunciar la desigualdad, la violencia, el abuso, el retroceso femenino. El discurso de Oprah Winfrey fue demoledor, al recoger el premio, durante la gala de los Globos de Oro. ¿No lo has visto en Facebook? Era complicado alcanzar, e incluso superar, el que ofreció el pasado año Meryl Streep. Madonna también hizo uno muy bueno y Candela Peña en los Goyas, me encantó. Hay que

ser de verdad. Hay que saber decir las cosas por su nombre. Y sobre todo cuando has llegado arriba y sobresales y tienes tu púlpito y tu minuto de gloria, hay que aprovecharlo.

AGUSTINA: Pero, por el amor de Dios, bájate de ese púlpito, querida, que te vas a caer de esa estrella en la que te has encaramado. *(Se ríe de Esperanza con superioridad y prepotencia.)* Relájate y respira. Tu realidad es bien distinta. Esto es una fiesta privada de una empresa privada. Aquí vienen los jefazos y lo único que quieren escuchar son alabanzas hacia ellos y agradecimiento.

ESPERANZA: Pues miedo me da. Con tanto agradecer lo que no deberíamos agradecer.

AGUSTINA: Ya sé que en esta empresa tú no te mereces nada. Has trabajado cuatro meses sin más.

ESPERANZA: No he trabajado 4 meses. Llevo 34 años de aquí para allá. Siempre eventual. Soy de la generación X, con mucha formación, mucha más de la que han tenido estos jóvenes, y tampoco pudimos trabajar en lo nuestro muchos de nosotros. Muchos saben lo que sé, lo que puedo aportar, pero no quieren que eche cimientos. Soy licenciada en filosofía y en filología francesa y siempre de aquí para allá, sintiéndome la otra.

AGUSTINA: ¿Francés? Haber estudiado una carrera en condiciones y no serías la otra. Serías titular.

ESPERANZA: No me lo puedo creer. ¿Qué estudiaste tú?

AGUSTINA: Un respeto, por favor. Ya.

ESPERANZA: ¿Un respeto? No avanzaremos nunca. Tanto silencio. Tanta mentira. Tanta incultura... Y si no merezco nada, ¿qué es lo que tengo que agradecer, pocas virtudes y muchas limitaciones?

AGUSTINA: ¿Esa eres tú?

ESPERANZA: *(Silencio. Toma aire y se sincera.)* Esa es la empresa, maldita sea, y claro, si yo estoy aquí, obligada a decir lo que no quiero decir, será porque también tengo muchas limitaciones y pocas virtudes, claro está. Me vais a homenajear por algo que no merece un homenaje.

AGUSTINA: De verdad, no seas tan problemática. ¡Qué mala suerte! ¡Nos ha tocado el gordo contigo! ¡Qué barbaridad! Se trataba de dar un homenaje al azar y resulta que recae en la persona más negativa de toda la empresa.

ESPERANZA: ¿Al azar? *(Pausa. Tras el silencio, respira como si tuviera que levantar una enorme piedra de hormigón dentro de su pecho.)* ¿No eran mis compañeros quienes habían propuesto mi homenaje?

AGUSTINA: Relájate y déjate llevar. Todo es parte de una serie de planes que fortalecerán a la empresa. La empresa en la que tú formas parte. Esa que te da de comer. No lo olvides.

ESPERANZA: ¿Y cuál debe ser mi papel en esos planes?

AGUSTINA: Reforzar la ilusión de la plantilla: Crear al jefe ideal.

ESPERANZA: Pura vanidad. Aunque si ese hombre es así, en el pecado llevará la penitencia. La vanidad es el peor de los pecados, pues es él mismo quien más sufre la condena.

AGUSTINA: Bravo. Has dado en el clavo. Él sufre una condena horrible por mantener una empresa pionera en el mercado que da trabajo a doscientas treinta y dos personas. Yo también sufro mi condena por estar encadenada en la misma mesa y a la misma hora desde hace 32 años y tú te libras, encantada de haberte conocido por ser un espíritu libre como un pájaro, que no ofende a nadie, que es un angelito del cielo y sólo quiere volar.

ESPERANZA: Pues posiblemente sí.

AGUSTINA: ¿Y por qué estás aquí y no estás en el monte como una cabra saltando los cerros?

ESPERANZA: ¿Porque hay que comer? ¿Porque tengo derecho a un trabajo digno? Me estáis castigando a prohibir mi indignación. Me estáis deshumanizando.

AGUSTINA: Quizás tengas mucho que aprender de don Enrique, él sí está muy preparado y no llega a los treinta. Tiene un inglés bilingüe y un alemán medio. Y sigue cultivándose, máster sobre máster. Es un crack, increíble.

ESPERANZA: Me gustaría conocerle. Necesito decirle unas cuantas cosas.

AGUSTINA: Imposible. Está a tope. Es muy complicado llegar a él.

ESPERANZA: ¿Pero existe?

AGUSTINA: ¿Cómo?

ESPERANZA: Que si existe. ¿Tú lo has visto? Es que a lo mejor no existe y es sólo un fantasma.

AGUSTINA: *(Duda.)* Claro que existe. Y un respeto, por favor.

ESPERANZA: Has dudado. Tú tampoco lo conoces personalmente.

AGUSTINA: No he dudado. Es un joven muy preparado con un futuro muy prometedor.

ESPERANZA: Ten cuidado, que de lejos hasta los enanos proyectan largas sombras.

AGUSTINA: *(Con muecas y hablando sin voz.)* Te está escuchando.

ESPERANZA: *(Grita.)* Eso es lo que yo quiero, que me escuche, que venga. Que quiera seguirme escuchando. No queréis una esclava forzada, sino voluntaria. Vergonzoso.

AGUSTINA: Ya.

Agustina llama a Seguridad. Sube Seguro con la flecha láser.

ESPERANZA: Totalmente vergonzoso.

AGUSTINA: Esperanza, ya. Sólo tienes que acatar las órdenes y callarte la boca, por el amor de Dios.

Abre la puerta don Enrique. Y como tal Dios, Agustina vuelve a su puesto de trabajo y Seguro guarda el arma.

ENRIQUE: ¿Algún problema?

AGUSTINA: Esperanza es dura de roer.

ENRIQUE: ¿Esperanza? Soñaba con abrazarla. Hoy es el gran día.
Enhorabuena. Pase a mi despacho, por favor.

ESCENA QUINTA.

En primer término vemos a Agustina, en su mesa, que escucha todo y responde y participa en la conversación de todas las maneras. Está escandalizada como Esperanza ha hecho que la situación se vaya de las manos.

En segundo término están don Enrique y Esperanza, discutiendo de igual a igual.

ENRIQUE: Voy a ser muy breve. Hay cosas mucho más importantes a tratar que su reconocimiento. Me llenaba de satisfacción que una persona como usted tuviera su minuto de gloria, pero está claro que nos hemos equivocado de persona. No pasa nada. No se preocupe. Olvídelo.

ESPERANZA: ¿Qué?

ENRIQUE: No tengo nada más que decirle. Márchese, por favor.

ESPERANZA: Ahora sí que mis peores miedos y presentimientos se confirman de golpe. He abierto la caja de Pandora, ¿verdad? ¿No puedo ni decir lo que pienso? ¿Por qué a mí? Ahora todos mis compañeros me critican.

ENRIQUE: Ésas son imaginaciones tuyas.

ESPERANZA: Estoy segura que me critican. Y no lo soporto. Tengo a todos en contra. Aunque no tengo trato con nadie, me miran mal. Nadie me ha felicitado. No lo soporto.

ENRIQUE: ¿Y su familia?

ESPERANZA: No les ha sentado bien. Se niegan a acompañarme.

ENRIQUE: Usted también miente, Esperanza.

ESPERANZA: ¿Yo?

ENRIQUE: Todos mentimos. Nos obligan. Y usted también miente. Usted no ha dicho nada de esto a su familia.

ESPERANZA: ¿Cómo?

ENRIQUE: Muy triste. Nos esforzamos en complacerle y usted no lo comenta a nadie, ni en su casa.

ESPERANZA: ¿Hasta mi casa llegan estas cámaras? Ahora sí que necesito una abogada.

ENRIQUE: No pierda el tiempo en paranoias. Usted no es nadie en esta empresa.

ESPERANZA: Ya sé que no soy nadie en esta empresa. Pero yo sí soy alguien. Por eso no quiero aceptar un homenaje que no tiene sentido, que sólo alimenta un sistema que no me acepta, ni me protege, que no se moja por mí, ni vela por mis necesidades y encima me espía, ¿dónde han puesto la cámara? ¿La llevo yo encima?

ENRIQUE: No hay cámara de esta empresa más allá de estas paredes. Déjelo. Está claro que usted se niega a ser útil. Olvide ya el maldito Homenaje.

ESPERANZA: Claro que quiero ser útil. Siempre he soñado con ser útil. Y si tenía que escribir unas palabras, quería que fuesen útiles, nada más. Intentar que algo cambiara para mejorarlo todo. Pero no pienso aceptar este caramelo envenenado. Por azar. ¡Qué poca delicadeza, Dios!

ENRIQUE: ¿Quién le ha dicho que su homenaje era al azar?

ESPERANZA: Doña Agustina. ¿Por azar? ¿Puede casar la humanidad con el azar? ¿La sensibilidad con el azar? ¿La educación?

ENRIQUE: El azar puede casar con todo, hasta con una tontería. Me pongo a sus pies, alteza, y le pido perdón, mil perdones. Te había tocado ganar y has elegido una vez más perder. La sensación que generas es patética. Sólo se trataba de jugar, de incentivar al grupo, de pasarlo bien, pero tú apareces y lo incomodas todo, mamá.

ESPERANZA: Paquita. No me lo puedo creer. ¿Eres tú, Paquita?

ENRIQUE: Se trataba de jugar.

ESPERANZA: Cuando una niña está enfadada no es porque no quiera jugar, es porque no la dejan. ¿O es que no te acuerdas?

ENRIQUE: Ya está bien, mamá. Fuera victimismo.

Agustina, desde su mesa siguiendo la escena.

AGUSTINA: ¿Mamá?

SEGURATA: Sí, compañera, ha dicho mamá. Aquí hay tema.

Esperanza tira de la enorme barba y sale sin problemas todo el postizo.

AGUSTINA: Mira, mira...

SEGURATA: Calla, calla....

AGUSTINA: ¿Estás grabando?

SEGURATA: Afirmativo.

Desde el despacho de Enrique y en pantalla.

ESPERANZA: Paquita, la madre que te parió, que soy yo.

ENRIQUE: La dirección de una empresa de estas dimensiones es un campo de batalla.

ESPERANZA: ¿Tú eres don Enrique? ¿Tú eres ese hijo de la gran puta? ¡La gran puta que soy yo! ¡Paquita, por Dios!

ENRIQUE: Hay que pasar por muchas cosas que no gustan para alcanzar el sueño, mamá.

ESPERANZA: ¿Te has vuelto loca? ¿Dónde has llegado, hija, dónde estás metida?

ENRIQUE: Pues donde me ves, mamá, justamente donde me ves, en todo lo alto. Alégrate. ¿Es que nunca te vas a conformar? Es que siempre vas a exigirme más. Pues he llegado donde tú siempre soñaste llegar.

ESPERANZA: ¿Yo? Será donde tú.

ENRIQUE: ¿Yo? Donde tú querías que yo llegara, porque tú no pudiste. Y yo llego y qué. ¿No puedes alegrarte? Pues en cambio yo no puedo dejar de pensar en ti, en verte a ti aquí, que es donde realmente quieres estar.

ESPERANZA: ¿Yo?

ENRIQUE: ¿Qué crees que hago aquí? Estoy cargando a mis espaldas toda la mierda que tiene esta empresa, nada más.

ESPERANZA: Pues es absurdo para una niña que acaba de llegar, fresca como una lechuga y con todos los conocimientos que creo que debes tener: Carreras múltiples y un máster, y otro máster y otro máster más. Por el amor de Dios, nos sabes cuánto me has decepcionado.

ENRIQUE: Mamá, que soy yo, quien más te quiere en este mundo. No me hables como si fuera una extraña... Sólo quería que vieses la empresa desde aquí arriba, que la vieras desde tus ojos.

ESPERANZA: La verdad es que parece mentira lo que se gana con los seguros... No te acostumbres, por dios. No te apoltrones.

AGUSTINA. *(Aparte. Nadie está pendiente de ella.)* Ay, que creo que me está dando un sofoco. ¿Será esto un sofoco?

SEGURATA: *(A parte, en off.)* Afirmativo. Es un sofoco.

ESPERANZA: Los clientes están descontentos. Sólo llaman para insultarnos.

ENRIQUE: Me has venido muy bien para enterarme qué andaban diciendo los de ahí abajo. A mí no me llega de otra manera. Yo estoy atada de pies y manos.

ESPERANZA: Soy yo, ¿verdad? Maldita intuición femenina. Tenía la sensación de que todos creían que el topo era yo.

SEGUNDO: Es el topo. Será cabrona.

AGUSTINA: Según ella, la topa, que se enfada.

ENRIQUE: Cuando surgió lo del homenaje, te viniste a mi cabeza como una obsesión y cuando me pidieron incluir el azar, lo vi claro. Mi mano inocente hace que salga Esperanza y me ayuda.

Agustina no puede seguir escuchando, y por alusiones se dirige a Enrique, bueno, a Paquita.

AGUSTINA: Perdón, estoy aquí por alusiones: Entonces, ¿no era por azar? Con la que me dio con el azar, Don... Bueno, doña quien sea.

ENRIQUE: Para ti, sigo siendo don Enrique, Agustina.

AGUSTINA: Pero para mí no. ¡Quiero jubilarme, Dios! Al azar. Madre mía, la que me dio con el azar.

ENRIQUE: Lo siento. Sé que no he actuado bien. Lo sé. Primero meterte aquí, mamá. Fue un gran error. Te veía trabajar, ahí, a destajo, muerta de frío, y se me caía el alma a los pies de no poder bajar y darte un abrazo de los grandes. Cuando surgió el tema del homenaje, ya sólo pensaba en ti. Quería agradecerte todo lo que habías hecho por mí. Y lo vi claro, introduzco un homenajeado al azar y hago que salgas tú.

ESPERANZA: Eso no es azar, eso es a dedo. Corrupción. ¿Tú también, Paquita? ¿Tú también, hija? Con lo que has criticado tú eso.

ENRIQUE: Tenía un buen plan. Esperaba que llegaras a casa, me lo contaras y yo alegrarme sobremanera y decirte que ya era hora, que lo disfrutaras, que te merecías eso y más. Y te hubiera apoyado en ese discurso feminista que llevas en vena y te hubiera apoyado hasta en los puntos y las comas

que fueras a decir, y tú lo hubieras hecho al dedillo, porque ya nos conocemos; y de paso yo te hubiera utilizado para que tú denunciaras todo lo que hay que cambiar. Quién mejor que tú que lo estás sufriendo de primera mano. Ya me hubiera ocupado de que toda la prensa estuviera invitada y se hiciera eco de tu discurso. Y tras tu actuación, la empresa hubiera tenido que empezar a remodelarse y a cambiar y tú te hubieras convertido en una auténtica heroína, que es lo que eres para mí. Pero nada de eso ha ocurrido, porque tú no me lo has contado, ni a mí, ni a nadie.

AGUSTINA: No, yo sí me he enterado y de sobra.

ENRIQUE: Tú que tanto lo has deseado, podías haber luchado por la libertad y la dignidad.

ESPERANZA: ¿Y tú hablas de libertad y dignidad, tú que has decidido encarcerarte detrás de esa barba? Estás muy equivocada.

ENRIQUE: Claro que puedo estar equivocada, pero créeme que esta barba sólo me ha traído hasta aquí arriba y si me dais tiempo, os sorprenderé.

ESPERANZA: ¿Si ya has llegado aquí arriba por qué no quitarte ya la máscara? ¿Por qué sigue todo igual, si las mujeres ya estamos en todas partes?

ENRIQUE: Cuánta razón tienes. Tú sí que podrías haber llegado donde te hubiera dado la gana, pero te pierden las formas.

ESPERANZA: ¿La culpa la tengo yo? ¿Yo tengo la culpa de no haber conseguido un trabajo digno en toda mi puñetera vida?

ENRIQUE: Por supuesto. Mamá, tienes dos carreras, eres culta, unos ideales fuertes, pero te pierden las formas.

ESPERANZA: ¿Mis formas? ¿Y estas son las formas, las tuyas?
¿Disfrazarte de payaso del siglo XIX?

ENRIQUE: Es la moda, mamá, o es que no lo ves. Sólo es una moda.

ESPERANZA: ¿Qué?

ENRIQUE: Hay que seguir la moda, jugar a ser como ellos y ascender, ascender a lo más alto. Todo es un juego de la imitación. Antes los ejecutivos iban impecables: con sus chaquetas azul marino impecables, sus camisas blancas impecables, sus zapatos planos brillantes, impecables; y si querías ser ejecutiva tenías que ir así, como ellos. Ahora vamos con patas de gallo, barbas hipster y gafas de pasta; y así ascienden a lo más alto. Y ya está.

ESPERANZA: ¿Ya está?

ENRIQUE: Es la moda, Mama. Y quien quiera quedarse de secretaria perpetua, pues viste y anda como una secretaria perpetua.

ESPERANZA: ¿Y las eventuales perpetuas?

ENRIQUE: No me hagas hablar, mamá. No quiero herirte.

VIDEO DE LA EMPRESA SENSACIONALISTA

ESPERANZA: ¿Cuánto tiempo llevas en la empresa?

ENRIQUE: Cuatro meses y 2 días.

ESPERANZA: ¿Me contrataste el día que entraste?

ENRIQUE: Me dieron esa opción. ¿También me vas a reñir por eso?

ESPERANZA: Me hieres con tu forma de ir por la vida, ¿de qué te sirve? En estos cuatro meses yo he sufrido esas formas tuyas. Eres un jefe fantasma. Sal de este maldito búnker. No has mejorado nada.

ENRIQUE: Es que no me dejan. Estoy atada de pies y manos. He firmado un contrato blindado. Por eso se me ocurrió la idea del homenaje y que tú me ayudaras a sacar a la luz toda la mierda.

AGUSTINA: Vaya la juventud que hemos criado.

ENRIQUE: Agustina, gracias. Te agradezco mucho tu entera disposición.

AGUSTINA: Para eso estamos.

ENRIQUE: Pero ya no te necesito.

AGUSTINA: ¿Cómo? No, por favor, no me haga esto. No puede ser.

ESPERANZA: No comprendo porqué canjearte tantos enemigos, hija. ¡Para ya!

ENRIQUE: ¿Canjearme enemigos? Creo que ya venían de fábrica y nunca mejor dicho. Los trabajadores me consideran como el peor de los jefes, ¿no es así?

AGUSTINA: Vamos de mal en peor, pero sólo me quedan seis años para mi jubilación. Yo me acoplo a lo que sea. No me destroce la vida.

ENRIQUE: Sólo sabes criticar, lamentarte. No sabes hacer otra cosa.

AGUSTINA: Yo cumplo órdenes, nada más.

ESPERANZA: ¡No me puedo creer que seas así! Me culpo de las cargas tremendas que te he echado a los hombros, con exigirte tanto, que fueras buena en todo, que sobresalieras... Te has apresurado a vivir una tragedia que no te pertenece.

ENRIQUE: Todo puede cambiar. Lo prometo. Todo debe cambiar. Mamá acepta el homenaje y aprovechemos esta oportunidad.

ESPERANZA: Claro que acepto el Homenaje. Dime qué tengo que denunciar.

AGUSTINA: Qué manera de complicarnos la vida. Yo sólo quiero una vida normal y sencilla.

ESPERANZA: Porque estás programada para eso. A las mujeres nos educan para que no tengamos ambición y corremos el riesgo de ser remplazadas y nadie se da ni cuenta. Y cuando pasan estas cosas es cuando reaccionamos.

ENRIQUE: Tenemos que destacar, llamar la atención. Si no destacas, eres reemplazable. Sin ambición no eres nadie. Si puedes tener dos no te conformes con uno y si puedes tener cuatro no te conformes con dos.

ESPERANZA: ¿Quieres que te lea mi discurso?

- AGUSTINA: ¿De verdad creéis que es necesario un discurso feminista? Hay problemas mucho más importantes y urgentes que solucionar.
- ESPERANZA: Posiblemente muchos de esos problemas para cambiar las cosas partan de ahí. El feminismo tiene muchos enemigos y muchas enemigas, porque cuestiona el orden establecido y el orden establecido está muy bien para el que lo lleva disfrutando toda la vida. Pero ese orden establecido está lleno de lodo. Nosotras podemos hacer tanto.
- ENRIQUE: Yo voy a romper ese orden. Mamá, cree en mí.
- AGUSTINA: (*A Enrique.*) No te mereces la madre que tienes. Ha peleado por su dignidad desde las entrañas. Yo creía que no podía hacer más que defender y llevar a cabo las ideas del jefe de turno y salvaguardar los secretos de la empresa. Sólo bastaba que se le hubiera ocurrido al jefe y yo a romperme los cuernos en mil para llevarlo a cabo. Cuánto tiempo perdido.
- ENRIQUE: La secretaria ejecuta sin traumas. Razona, pero no se implica. Es parte de la masa, aunque deteste el camino. Es eficiente y resolutiva. Sólo sueña con jubilarse y acabar. Pero cuidado, que el escándalo puede recaerle a ella y acabar su mal llevada paz. A don Enrique le ha salido mal el homenaje a la eventual y quien debe pagar la culpa es la secretaria.
- ESPERANZA: Paquita, no te conozco... ¿No te han enseñado nada bueno? Es que me das miedo.

AGUSTINA: Por favor no me despida... Si es necesario que salte un escándalo, yo puedo ofrecerte unos cuantos que harían explotar la empresa.

ESPERANZA: Mi hija no te va a echar. Aquí mando yo ya. Ya está bien, por Dios. Paquita, hija, intentemos sacar a todo esto un poco de provecho. Somos tres mujeres. Tres pedazos de mujeres. ¿Queremos hacer historia? Pues dentro de unas horas, está en nuestras manos. Vamos a apoyar esta revolución. Denunciemos lo que haya que denunciar. Pensemos en el futuro, en el mundo que queremos dejar y dejemos de mirarnos el ombligo todo el santo día.

AGUSTINA: Si las ratas entalladas de ahí abajo, supieran las cifras que acabamos de presentar en el Modelo 232 de Hacienda explotaría todo esto en pedazos.

ESPERANZA ¿Modelo 232? En esta empresa todo es 232.

AGUSTINA: Modelo 232... En 2016, Montoro obligó a presentar el Modelo 232, a las empresas que teníamos dinero sin certificar en paraísos fiscales.

ESPERANZA ¿Y los incendios provocados?

ENRIQUE: Eso es lo de menos, mamá. ¿Seguro?

SEGURATA: Si, don Enrique.

ENRIQUE: Tú llámame Maria Francisca. ¡Pon a enfriar el cava!

SEGURATA: Lo que usted mande, Paquita. ¿Freixenet?

ENRIQUE. No, de Almendralejo, que está mucho más bueno.

SEGURO. ¡Qué responsabilidad!

ENRIQUE: Agustina, ¿Estamos en el mismo barco? Sólo quería mostrarte el precio de esa paz que exiges y no das. Tú también mentiste. Me ocultaste el discurso que mi madre escribió. Era ése y no otro. Todo hubiera ido rodado.

AGUSTINA: ¿Paz? Yo sí que he vivido disfrazada. Disfrazada totalmente. Yo entré en esta empresa como secretaria de confianza de un auténtico psicópata. Pedí excedencia por malos tratos. Intentó vetarme, pero aquí sigo. Me pidieron discreción. Me subieron el sueldo y me hicieron indefinida. Me castigaron a quedarme donde estaba mi enemigo, a cambio de silencio, y yo acepté.

ENRIQUE. ¿Esto que cuentas es cierto o te estas quedando conmigo?

(Esperanza abraza a Agustina. Agustina recoge con fuerza el abrazo.)

ESPERANZA: Como dijo Simone de Beauvoir, estoy convencida que no se nace mujer, se llega a serlo. Y hoy es tu gran día, Agustina. Date el Homenaje.

ENRIQUE: Yo creo en los sueños, mamá. Ahí está la verdad. Ahí está el verdadero sentido de la vida. Tengo en mis manos denunciar a la empresa. Pero me faltan pruebas...

AGUSTINA: Yo sí tengo pruebas. Son un puñado de delincuentes. Sólo con darle a la prensa el modelo 232 y los recortes que sufrimos y los impuestos que no pagamos, esto explotaría en mil pedazos.

ESPERANZA: Que se entere todo el mundo. Vamos a darnos un homenaje.

ESCENA SEXTA.

ESPERANZA: Queridas compañeras Agustina y María Francisca, gracias. Gracias por dejarme gritar a todo el que quiera escucharme que hay que reformar el sistema laboral hasta conseguir la Igualdad real ya. El trabajo está como está para nuestros jóvenes, pero hoy mi hija Paquita, María Francisca, me ha demostrado que todo lo que le inculqué no ha quedado en saco roto y ha dado su buen fruto. Cuando mi hija era pequeña me dijeron que tenía que tener mucho cuidado con ella, porque era demasiado lista e iba a tener muchos problemas. Ha estudiado en un colegio especializado, tres idiomas, una carrera múltiple y máster sobre máster, para no quedarse quieta, porque si no podía estallarle la cabeza. Y de repente, hoy me la encuentro aquí, disfrazada de hombre de éxito, de jefe cabrón. Y al descubrirla sólo he tenido la maldita sensación de yo ser la culpable de toda esta locura. Otra vez la culpa. Pero no es así, ahora lo veo claro: Ella ha urdido un buen plan para traernos hasta aquí a mí y a Agustina, y limpiar esta empresa llena de petardos y tramosos.

AGUSTINA: La verdad es que yo nunca había tenido un jefe así, que consiguiera traerme hasta este lugar en el que tantos compañeros se han jubilado y han recogido su reloj. Yo no quiero un reloj, si es para marcar minutos de agonía, que me recuerden que tengo que volver a esa mesa maldita donde no me soporto ni yo, porque no hago lo que debería hacer, ni soluciono nada, donde siempre me he sentido una mala persona. Aunque hay que comer, como siempre yo he dicho, hoy he entendido que no a ese precio, al precio de tapar tanta mentira, tanto robo, tantos incendios provocados... Gracias, don Enrique, porque usted ha cocinado el mejor día de mi vida. Y ya saldrá el sol por donde tenga que salir. Ay, estoy muy emocionada, estoy bastante revuelta... Ufff, estoy tremendamente emocionada.

ESPERANZA: No compañera, es un golpe de calor. Un sofoco de libro.

DON ENRIQUE: En los libros no me enseñaron a defenderme. Siempre he sobresalido, porque he estudiado muchísimo y mi madre se ha dejado la piel de un lado a otro trabajando sin pensar nunca en ella para pensar en mí. Tengo un expediente intachable, que al llegar al mundo laboral no vale para nada. Un

profesor de un postgrado muy influyente me ofreció, saltar el estrecho techo de cristal cambiándome el nombre y vendiéndome unas barbas hipsters a medida y entrar en el maravilloso mundo de los ejecutivos de altura, a cambio de los 12 primeros sueldos y silencio absoluto. Toda una mafia. Y aquí estoy vistiendo a la moda ejecutiva, soportando una carga que hoy he decidido limpiar. Gracias, Agustina y mamá por todo; y enhorabuena, porque a partir de hoy nunca más volveréis a estar solas, ni aburridas. Hoy aún tenemos todo por hacer. Vamos a ello. Será un placer. Gracias.

Don Enrique sube la copa de cava y el Segurata simula un selfie.

SEGURO: ¡Feliz Día del Homenaje!